

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

SANTORAL

5 ejemplares semanales
₡ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
₡ 1.25 cada semana.

Nº.
826

Dom. 17 Tercero después de Pascua. S. Aniceto papa,
Pedro diácono y Hermógenes coadjutor.

Lun. 18 Santos Apolonio, Eleuterio y Perfecto mártires.

Mart. 19 Santos Pafnucio, Dionisio y Sócrates mártires.

Miérc. 20 Santos Sulpicio, Serviliano, Severiano y Crisó-
foro mártires.

LUNA LLENA a las 4 y 7 p. m.

Juev. 21 San Anselmo obispo y Fortunato, Félix, Silvio
y Vidal mártires.

Viern. 22 Santos Sotero y Cayo papas, Lucas y Leonidas
mártires.

Sáb. 25 Santos Jorge, Adalberto y Félix mártires.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 25, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 11 de que es Celadora la Srta. Angela Hernández.—
María Santísima es: «Abogada dulcísima, que ni a pesar de nuestros pecados debe disminuirse la confianza de que María nos oiga cuando acudimos a sus pies».

(San Ligorio)

Domingo III después de Pascua

Evangelio según San Juan—Cap. XVI, vs. 16-22

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Dentro de poco ya no me veréis: mas poco después, (en resucitando), me volveréis a ver, porque me voy al Padre. Al oír esto algunos de sus discípulos, se decían unos a otros: ¿Qué nos querrá decir con esto: dentro de poco ya no me veréis, mas poco después me volveréis a ver, porque me voy al Padre? Decían, pues: ¿Qué poquito de tiempo es éste de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos. Conoció Jesús que deseaban preguntarle, y díjoles: Vosotros estáis tratando y preguntándoos unos a otros por qué habré dicho: Dentro de poco ya no me veréis: mas poco después me volveréis a ver. En verdad, en verdad os digo, que vosotros lloraréis y plañiréis, mientras el mundo se regocijará; os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, con los dolores del parto, está poseída de tristeza, porque le vino su hora; mas una vez que ha dado a luz el infante, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo que tiene de haber dado un hombre al mundo. Así vosotros, al presente, a la verdad, padecéis tristeza; pero yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo.

Aplicación moral

Próximo a partirse de sus discípulos, el Maestro quiere dejarlos consolados. Bien sabe él que su ausencia les ha de ser muy dolorosa; mas por eso mismo les propone, unos sobre otros, los más poderosos motivos de consuelo. Uno de estos motivos es que la ausencia no será larga, y que tras ella le volverán a ver, para no separarse ya más de su amable compañía. Este motivo, para que les quede más grabado en la inteligencia y en el corazón, se lo anuncia con una especie de enigma, tan sencillo como gracioso: «Un poquito, y ya no me veis; y luego otro poquito, y me veréis». Al principio no entienden el enigma los discípulos; pero les despierta vivamente la curiosidad. Esto quería el Maestro; y así se lo declara amablemente. Dice, en sustancia el Maestro, que dentro de muy poco les será arrebatado por la muerte, y ya no le verán; mas que de allí a muy poco también, él resucitará y les

visitará y ellos le volverán a ver; y el gozo de esta nueva vista ya nadie jamás se lo quitará.

Tal es la corteza de las palabras del Maestro. Procuremos nosotros con la consideración penetrar en su sentido y saborearlas, para consuelo de nuestro corazón y provecho de nuestro espíritu.

«Y se gozará vuestro corazón», añade amorosamente el Maestro. No será vuestro gozo, exterior y aparente, sino íntimo y cordial. No será como el gozo loco del mundo, que ahora se regocija estrepitosamente, porque triunfa de mí: será el vuestro un gozo más sosegado y penetrante. No penetrará tan adentro la tristeza que ahora padeceréis, como el gozo que luego disfrutaréis.

«Y vuestro gozo nadie os lo quitará». La tristeza pasará, mas el gozo no pasará. El gozo mundano se desvanecerá como el humo, el vuestro durará eternamente.

¿Y cuál será la causa, la fuente, de gozo tan dulce, tan íntimo, tan seguro? Con dos palabras lo declara el Maestro a los afligidos discípulos: «Yo os volveré a ver, y vosotros me veréis». Como si dijera más claramente: «Ahora se os parte el corazón de pena, porque vais a perder mi vista y compañía; mas no temáis, que dentro de poco nos volveremos a ver—yo a vosotros y vosotros a mí—, y esta vista y compañía nadie será capaz de quitárosla». Los que no hemos visto a Jesús con nuestros ojos, y gozado de su amabilísima y amorosísima compañía; los que no hemos tenido la dicha de contemplar la luz de sus bellísimos ojos y de escuchar la dulzura de sus palabras; los que no hemos sentido de cerca las palpitaciones de aquel Corazón de amigo, no sabemos ni podemos imaginar todo lo que encierran aquellas palabras: «Os veré, y me veréis». Para San Pablo, que había visto a Jesús, toda la gloria del cielo se cifraba en gozar eternamente de su compañía. Vió una vez Santa Teresa de Jesús los ojos del Salvador tan divinamente bellos, que esta vista le penetró el alma, y no se le borró jamás aquella imagen fascinadora.

Nosotros ahora no vemos a Jesús todavía; estamos en el tiempo de la tribulación y de la tristeza; mas no desmayemos: que también para nosotros pasará la tristeza, como ya pasó para los Apóstoles, y a la tristeza seguirá el gozo: el gozo eterno del corazón, el gozo inefable de ver a Jesús y de estar con él eternamente. Esta esperanza secará nuestras lágrimas y vigorizará nuestro desmayado corazón.

LAS LECTURAS

—Es que la Iglesia exagera los peligros de tales lecturas, porque quiere mantener la ignorancia, porque teme que se haga luz, porque con la ignorancia domina mejor las conciencias.—A esto se contesta que el peligro de perder la fe con tales lecturas es tan evidente que justifica los temores de la Iglesia. ¿Somos acaso tan instruídos en materia de religión que nos sea dado conocer todas las celadas del error y distinguir una razón de un sofisma? La incredulidad posee sutilezas y seducciones terribles, y es menester, no sólo un conocimiento extenso y completo de la religión, sino también de la historia para poder contestar a las dificultades que se nos presentan contra la divinidad de nuestra fe. ¿Y qué diremos de aquellos, y son los más, que apenas saben el Catecismo? Se dice:—Exageraciones de la Iglesia...—Mas: ¿Cuándo empezó aquel joven a dudar de las verdades cristianas? ¿cuándo aquel obrero dejó de frecuentar los sacramentos? ¿cuándo aquella mujer empezó a despreciar las prácticas de piedad sino después de haber leído las continuas diatribas, los impudentes sarcasmos que diariamente se publican en los diarios? ¡Ah! si la Iglesia lamenta que tantos hijos pródigos hayan abandonado la casa paterna; si ve desiertos los tribunales de la penitencia y la mesa eucarística; si llora y se condeule al ver a hijos suyos que se levantan contra ella y que desgarran el seno que los alimentó, toda esta apostasía, ¿no es el resultado de las malas lecturas?

La Iglesia ni teme la luz de la ciencia ni es fautora de ignorancia, como falsamente se la acusa; ella ha promovido en todo tiempo la cultura y el progreso. Las universidades, las academias, las escuelas populares, son obra suya. La misión que le había confiado su divino Esposo es la de instruir a todo el mundo. Sus fieles son hijos de la luz y no de las tinieblas. La ciencia moderna, a pesar de todos sus estudios e indagaciones, no ha sido capaz de hallar un solo argumento contra las verdades que ella enseña. Y si condena libros malos, si prohíbe a sus fieles la lectura de los mismos, es para salvar en ellos el tesoro de la fe.

—Yo he leído diarios y libros prohibidos y no me han hecho daño alguno.—Pero ¿eres tú un

cristiano fervoroso, observante de la ley evangélica? No, por cierto. Hay ciertos venenos que obran rápidamente sobre el organismo de nuestro cuerpo; hay otros, en cambio, cuya acción es lenta, y sólo a su debido tiempo producen su terrible efecto. De que el veneno de las malas lecturas no hayan causado en ti una repentina pérdida de la fe, no se puede deducir que ellas no sean un veneno para las almas. Esta indiferencia ante la excomunión que la Iglesia ha lanzado contra los que leen libros prohibidos, y constituye una apostasía práctica, no os parece un síntoma de muerte? ¿Son por ventura intachables vuestras costumbres? ¿Sois todavía respetuosos para con el sacerdocio? Si hombres versados en el prolongado estudio de las cosas sagradas, por la lectura de tantos libros perdieron la fe, si cayeron columnas que parecían incommovibles, no pudiendo resistir al empuje violento del error, ¿cómo no vacilaréis vosotros, débiles cañas que todo viento dobla? Si el soplo de la incredulidad apagó tantas lumbreras, ¿cómo no extinguirá en vosotros una fe que es débil como la luz de una mariposa? Si las celadas del error no fueran tan terribles como lo son en realidad, particularmente para quien no es muy versado en estudios acerca de la religión, bastaría la presunción de exponeros a semejante peligro para desmerecer la gracia de salir ileos de entre esas llamas.

—A mí no me perjudican los libros prohibidos, al contrario, leyéndolos me afirmo en la fe; si nace alguna duda acudo a los sacerdotes para que ellos me la resuelvan, y así mis creencias se consolidan.—Esto es lo mismo que decir: *Hallo gusto en beber veneno; si me llega a hacer daño, acudo a un médico que me dará un remedio.* ¿Quién de vosotros ha querido hacer la prueba de sorber veneno, para, a los primeros dolores, acudir a un médico? Seguramente nadie que no esté loco. ¿Cómo se explica, pues, que lo que no se hace cuando se trata de la salud del cuerpo, se arriesgue y se lleve a cabo con daño evidente del alma? Muchos, desesperados, han ingerido veneno, y aunque con tiempo se les haya propinado un antídoto, sin embargo, murieron presa de acerbos dolores. Lo mismo sucederá con aquellas almas irreflexivas que no quieren obedecer a la Iglesia; ellas tomarán el veneno a grandes dosis y no habrá remedio que les pueda devolver la vida inestimable de la fe, sin la cual es imposible conseguir la salvación eterna.

Arrojémonos en brazos de la Iglesia, como niños en brazos de su madre. Pueden engañarnos y vendernos los amigos; pero nuestra madre nunca. Ella siempre nos aconseja el bien, nos advierte los peligros, nos señala el sendero de la virtud. Ahora bien, si la Iglesia es nuestra madre en el orden de la gracia, su divino Esposo, que se complacía en llamarse BUEN PASTOR, le ha infundido una ternura y una solicitud verdaderamente maternas. Escuchemos, pues, su voz; no protestemos si prohíbe algunos libros o malas lecturas. Ella sabe por triste experiencia cuán seductores son muchos libros y cuánto veneno se propina en ellos a las almas que los leen. ¡Afuera, por consiguiente, los malos diarios; al fuego las novelas obscenas y los libros contrarios a la fe! Solamente con esta condición formaremos parte de aquel rebaño afortunado que debe glorificar a Dios por toda la eternidad.—A. P.

PEDAGOGIA DE LA VOLUNTAD

LOS CASTIGOS NATURALES

Y SU IMPORTANCIA EN LA EDUCACIÓN

Llámanse de este modo los que, como consecuencia necesaria de la conducta propia, se reflejan sobre el que obra mal. La conducta buena tiene por resultado el bienestar propio y la estimación ajena. La mala, tiene el resultado contrario: el malestar propio y el desvío, el desdén o la indignación de

los demás. Las leyes morales, lo mismo que las naturales, no son mandamientos arbitrarios; son expresión de la justicia eterna; el que atenta contra ellas, contra sí mismo atenta; acarrea para sí la perturbación y ruina de su vida, al paso que consigue elevación y perfección en su vida el que las conoce y respeta.

Las perturbaciones y daños que contra sí provoca el que las atropella, es lo que los pedagogos llaman *castigos naturales* o *reacciones de la naturaleza* contra la mala conducta.

La importancia de estas sanciones de la naturaleza huelga descubrirla ni ponderarla. Si fuera posible dejarlas sentir a todo el que obra mal sin grave daño del mismo, ellas solas constituirían uno de los más eficaces correctivos de los malos, y aun de los perversos, que son de corrección difícil. Pero estas reacciones de la naturaleza, ¿son sanción pedagógica suficiente para toda mala conducta? Todo acto malo y punible, ¿encuentra luego en las leyes naturales su recompensa merecida? ¿Bastan esas leyes naturales para educar y corregir al hombre? Así lo quiere Rousseau, y así lo defiende Spencer, sin admitir una excepción sola el primero; y el segundo, la admite sólo para casos muy raros y graves. Los dos grandes ilusos vieron un lado de la verdad, una parte de ella; pero su entendimiento sufre una disposición patológica semejante a la de Nietzsche; una ocurrencia suya los aprisiona y encanta de tal modo, que no ven más que su propia ocurrencia, y todo lo que no ven lo niegan; los grandes talentos padecen grandes eclipses; el infinito número de los tontos síguelos como rebaño, y así se realiza la inversión de todos los valores.

Ahora bien; lo cierto y verdadero es que las reacciones de las leyes morales y naturales, siendo de suyo justas y saludables para corregir a los que las atropellan, no son de suyo suficiente sanción, ni son bastante universales para corregir a todos los trasgresores ni para castigar todos los actos malos.

Al mentiroso que nadie castiga, no es bastante sanción el remordimiento de su conciencia; como no lo es al que crece y medra oprimiendo a los demás; al que roba y se refocila con lo robado, y otros mil casos. Spencer, forzado por la verdad, confiesa que el defender como *primarias* las sanciones de la naturaleza no es afirmar que éstas no *deban ir acompañadas de las arbitrarias*, o sea de las impuestas por la libre voluntad del hombre. Y acerca de las lindas afirmaciones de Rousseau hace Paulsen festivos e irónicos comentarios como los que siguen: «El niño ha de aprender sólo de su propia experiencia, de las cosas y de los hombres. El joven rompe la ventana de su cuarto. No hay que preocuparse de ello, sino dejarle a la corriente y al frío que le enseñarán que su conducta no es oportuna: déjesele tranquilamente costiparse, y así sabrá en lo sucesivo para qué sirven las ventanas. Bien. Pero, ¿qué haremos cuando son las ventanas de la habitación familiar o del vecino las que excitan el deseo del infantil *tirador*? Emilio enoja o pega a otro; déjesele tranquilamente sufrir una buena paliza, natural reacción del más fuerte, y así aprenderá que no se pueden hacer esas cosas, sin acarrear dolorosas consecuencias. ¡Muy bien! Pero, ¿y si se ensaña con los más débiles? ¿Si se entrefiene en maltratar a su hermano menor?... Si el educador es para el alumno a manera de ideal representante del ambiente humano, el enfado y el castigo serán también un medio de indicar a Emilio el modo de ser humano. Rousseau es en esto como en todo parcial, y está lleno de exageraciones». Crítica bien merecida y además bien razonada.—P. J. D.

EXPOSICION DEL PADRE NUESTRO

Venga a nos tu Reino. El Espíritu Santo nos hace la gracia de amar, desear y de pedir con recititud. En primer lugar nos concede el don del temor

con el cual procuramos cómo el nombre de Dios sea honrado y santificado. Nos concede también el don de piedad: la piedad propiamente es un devoto y dulce afecto hacia el padre, y también hacia los hombres que se hallan en desgracia.

Siendo Dios nuestro padre, como es evidente, no sólo le debemos reverencia y temor sino también el dulce y piadoso afecto.

Este afecto nos ha de pedir que el reino de Dios venga a nosotros. San Pablo nos aconseja diciendo: «vivamos en este siglo con piedad y justicia esperando la feliz promesa y la venida de la gloria de Dios». (Tit. 11, 12).

Alguno pudiera preguntar, cómo pedimos que venga el reino de Dios siendo así que ese reino siempre ha existido?

A lo cual contesta que esto se puede entender de tres maneras.

PRIMERA MANERA

Puede suceder que un rey tenga solamente el derecho al reino o al dominio, y que todavía no haya sido declarado ese dominio, porque los hombres no le estén sujetos o sometidos.

Cuando los hombres le estén sometidos entonces aparecerá su reino o su dominio.

Dios por sí mismo, y de su propia naturaleza, es Señor de todo, y lo mismo Jesucristo, en cuanto Dios; en cuanto hombre le ha concedido Dios que sea Señor de todo, y así se lee en Daniel (VII, 14) «Le dió (Dios) el poder el honor y el reino».

«Por lo cual deben estarle sujetas todas las cosas. Pero esto no se verifica ahora, sino que será en el fin de los tiempos».

Conviene que El reine y que ponga a sus enemigos debajo de sus pies (I. Cor. XV, 25).

Por eso pedimos *venga a nos tu reino*, con lo cual queremos pedir tres cosas: 1.ª la salvación de los justos; 2.ª el castigo de los pecadores; 3.ª la destrucción de la muerte.

* * *

De dos maneras puede ser la sujeción de los hombres a Cristo; por voluntad, o por fuerza.

Queriendo Dios que todo se someta a Cristo, y no pudiendo quedar sin cumplirse la voluntad de Dios, ha de suceder una de estas dos cosas; o el hombre hace de buen grado la voluntad de Dios, y se somete a sus mandamientos, como hacen los justos; o Dios cumplirá su voluntad sobre los hombres castigándolos por sus maldades, como sucederá con los pecadores y los malos.

Lo cual tendrá perfecto cumplimiento en el fin de los tiempos «cuando ponga a tus enemigos por escabel de tus pies» que dice el Salmo (CIX, 1).

Por esto es sumamente deleitable a los justos pedir que venga el reino de Dios, esto es que le estén por completo sometidos; mas para los pecadores es horrible, porque ello significa ser sometidos a la voluntad de Dios sufriendo el castigo. A ellos se refiere el Profeta Amós cuando dice: «Ay de los que desean que llegue el día del Señor»... (V. 8).

Por este reino se destruye la muerte, pues siendo Cristo la vida no puede existir en su reino la muerte que es contraria a la vida. San Pablo dice: «A última hora será destruída la muerte» (I Cor. XV. 26). Y el profeta Isaías; «precipitará Dios en el abismo a la muerte por toda la eternidad» XXV, 8).

Lo cual sucederá en la resurrección, pues dice San Pablo: «reformatá (Dios) el cuerpo de nuestra humildad configurado al cuerpo de su claridad». (Phi. III, 21).

Trad. por A.-P. C.

A UN PERIODISTA

Yo te he visto con paso de asesino,
de la prensa tocar las puertas santas;
profanar el recinto con tus plantas
y vestir el ropaje de Pasquino.

Te he visto a la verdad ponerle freno;
esgrimir como arma el vil insulto,
a la calumnia abyecta rendir culto,
y mantenerle del amor ajeno.

Te he visto mancillar nobles moradas
con la baba asquerosa de tu labio;
a la esposa y al hijo hacer agravio,
y luego prorrumpir én carcajadas...

Y en tu afán de adquirir fama y renombre,
aunque fuese el que a Eróstrato le abrumba,
te he mirado alquilar tu indigna pluma,
te he mirado vender tu indigno nombre.

No es periodista el que con fin artero
en el ajeno honor quiere cebarse;
la pluma de escritor debe mojarse
en la tinta que usa el caballero.



No es periodista el que su innoble mano
para el insulto presta con alarde;
quien alquila su mano es un cobarde,
y quien vende su mano es un villano.

Para ser periodista es necesario
ser ante todo, caballero y noble;
tener la fuerza y majestad del roble,
y acatar el honor como un santuario.

Acaso tú imaginas que la ofensa
inspiró a Guttemberg su grande invento;
y por eso, mancillas con tu aliento
la majestad sublime de la prensa.

Quizás desde la cuna te enseñaron
a fundar la grandeza en la diatriba;
por eso escupes tu fatal saliva
sobre frentes que nunca se mancharon.

Si así quieres ser grande, ya lo eres;
ya puedes alardear de tu grandeza,
porque insultas al hombre con vileza
y sabes calumniar a las mujeres.

LUIS CARRERA

LA RELIGION EN LAS NACIONES

Más de cien iglesias se han levantado el año pasado en los Estados Unidos. En Inglaterra se han verificado más de mil conversiones al Catolicismo. En Francia se ha dado orden de proteger las manifestaciones públicas católicas y se ha celebrado un Congreso Eucarístico en Lilla con la cooperación oficial. En Alemania tienen los católicos cerca de cien diputados en el Reichstag y sus derechos se ven cada vez más respetados. En Yugoslavia se favorecen las Congregaciones católicas. En Hungría se subvenciona a las Ordenes religiosas. En Turquía se concede amplia libertad a los católicos. En China se respeta el derecho de actuar a los misioneros. En el Japón se protege oficialmente a las misiones católicas. En Inglaterra son consagrados un obispo indio y otro español.

Sólo en España se niega a la Iglesia, a las Ordenes religiosas y a los católicos aquella libertad, tolerancia y comprensión que todas las Naciones otorgan de buen grado a la Religión.

EL ULTIMO DISCURSO DEL PAPA POR RADIO

Nuevamente valiéndose del radio, ha dirigido el Papa su preciosa palabra, a todos sus hijos dispersos por el mundo entero. Fué la ocasión la lectura el día 28 de febrero, del decreto en que se proclamaban las virtudes heroicas de la Venerable María Assunta Pallotta, misionera muerta en olor de santidad en la China.

El Sumo Pontífice comenzó dando gracias a Dios porque en estos tiempos de crisis y sufrimiento mundial, El ha puesto al servicio de la Fe este maravilloso invento del radio por medio del cual sus palabras podían ser escuchadas aún por los más distantes hijos de la Gran Familia Católica. «Pues ciertamente, sirve de particular consuelo al Padre, saber que todos sus hijos se hallan por este medio tan en íntimo contacto con El en este mismo momento, como se hallan los aquí presentes», dijo refiriéndose al auditorio de 500 que se hallaban en la Sala del Consistorio.

Tomando pie de la circunstancia de haber sido la Venerable misionera en China, habló el Papa sobre la guerra del extremo Oriente y sus causas, las cuales se confunden en esta guerra con las de todas las guerras y disputas «que siempre han afligido y aún ahora afligen al mundo, con tanto dolor y sufrimiento como nunca tal vez en la historia». «La fuente de las guerras y de las disputas, la triple cadena que

arrastra así a los pueblos como a las familias y a los individuos al delito y al pecado, es el deseo de las cosas carnales, la ambición de las riquezas y la vanidad de la vida».

Para todos los que sufren en estos tiempos de universal perturbación en el trabajo y en la vida, para todos los pueblos de la tierra y especialmente para las grandes naciones que hacia sí tienen atraídas las miradas de todo el mundo, China y Japón, tuvo palabras de condolencia y compasión. «A todos los que en medio de graves y violentas condiciones todavía sufren en Rusia, Méjico y España, y a todos los que tienen en sus manos los destinos de los pueblos enviamos nuestra bendición, acompañada de un ferviente deseo y una humilde y confiada plegaria a la Divina Bondad para que ésta Nuestra paternal y apostólica bendición sirva para todos de estímulo, que los impela hacia una vida cristiana, cuyo fruto sea un sincero deseo y voluntad de seguir los consejos de paz y de colaboración por el mejoramiento de la clase humilde del pueblo».

EL PAPA BENDICE A LOS PERIODISTAS

Cuando el padre Gianfranceschi estaba haciendo las pruebas de los poderosos portavoces, instalados en la Basílica Vaticana, en presencia de los miembros de la prensa italiana y extranjera, éstos tuvieron la hermosa idea de pedir al padre que usase el micrófono para llevar al Papa un mensaje de afecto y devoción de parte de la Prensa. Muy pronto recibieron por el mismo camino la respuesta del Papa, alabando la misión de la prensa y pidiendo a Dios que ayude a los periodistas a llenar las responsabilidades de su vocación.

¡DAME!—UN LADRON

Un avaro se cayó en un pozo, de donde trató de sacarle un hombre, diciéndole: «Dame la mano para que te ayude a salir».

A esta palabra, *dame*, el avaro permaneció inmóvil, aún a riesgo de perecer.

«Entonces toma mi mano», dijo el hombre; y el avaro se apresuró a cogerla y salió del pozo.

Un avaro toma, pero nunca da.

Pero, avaro, ¿quieres llevarte tal vez a la eternidad tus tesoros?

¡Ah! tus monedas no corren por el otro mundo.

La muerte es un ladrón que te asaltará en la mitad de tu vida, te quitará cuanto llevas, te despojará de todo, y te despachará para el otro mundo tan pobre como has venido a éste.